

MARCO MALVALDI

EL BURGUÉS PELEGRINO

Traducción de Diego Bigongiari



A Cinzia, que me dio confianza

*“En el gran orden de las cosas, cualquier basura tiene
más significado que lo que deja ver nuestra crítica”.*

Antoine Ego, Ratatouille

Inicio

—Esto, de lo cual hablaremos en la clase de hoy, es un fenómeno tan complejo que analizarlo cansa al pensamiento y desalienta a la ciencia.

El aula está llena, repleta, con personas incluso de pie; sin embargo, aparte del sonido de los tacos del hombre que pasea frente a la cátedra, no se advierte el más mínimo ruido.

—No obstante, mostraremos hoy cómo se puede, en este fenómeno tan intrincado y escurridizo para el intelecto, encontrar términos que no cambian.

Lo cual se explica, quizá, por el hecho de que asisten a la conferencia una cantidad de personas de lo más dispares. Se sabe, en efecto, que el ruido, en cualquier tipo de asamblea, está a menudo correlacionado con el grado de conocimiento recíproco de los presentes: una clase de veinte estudiantes hace mucho más alboroto que el mismo número de personas en la sala de espera del ortopedista. Y en este caso los oyentes son más bien variados.

—Y el primer hecho que debemos aceptar, y que guiará nuestra investigación y nuestra lección, es que la trayectoria con la cual evoluciona tal fenómeno no es una línea recta, sino una parábola.

Personas que no tienen nada en común, salvo la admiración por la figura del honorable Paolo Mantegazza, senador del Reino, docente de Fisiología en la Universidad de Florencia y autor de un gran número de libros sobre los más diversos temas.

Hay muchas señoras y señoritas, de todas las edades, más de una con un rubor vivaz en el rostro; eran bien conocidos, por otra parte, los libros que el profesor Mantegazza había escrito sobre la fisiología del placer y en especial, del placer femenino, además del recuerdo de las públicas clases a propósito de lo mismo. Muchos decían que el catedrático, más allá de las clases públicas, realizaba con gusto seminarios privados sobre el mismo tema, impartidos a jóvenes y menos jóvenes representantes del bello sexo a quienes el profesor introducía con gusto el argumento; pero estas, por el momento, son cosas que no nos conciernen.

También porque el argumento de la clase, hoy, no es el placer.

—Partiremos de aquí —dice el profesor Mantegazza, trazando sobre el pizarrón una línea en forma de herradura, con un trazo seguro, sin nunca levantar la tiza—. De esta parábola, sobre la que seguiremos la evolución de nuestro sistema a lo largo de todo su desarrollo.

Si hubiera en la sala alguna profesora de matemáticas, quizá objetaría que aquella trazada por Mantegazza no es para nada una parábola y bien mirada, no es ni siquiera una función; pero profesoras de matemáticas no hay. Hay en cambio, hemos dicho, muchas señoras y señoritas: de la jovencita en busca de marido, acompañada por una madre recatada y orgullosa de mostrar que su propia hija se interesa por los últimos descubrimientos científicos, a la dama noble con perrito y crinolina que busca en los placeres del intelecto aquello que su propia delicada salud, unida a un aspecto de batracio, le impidió encontrar en las alegrías de la vida de relación.

Y hay, en su mayoría, hombres. Hombres de todo tipo.

Estudiantes elegantes, en camisa blanca y chaleco que huele a cigarro y colonia, y estudiantes menos elegantes, con un abri-

go encima que no habría estado de moda ni siquiera cuando lo llevaba el hermano mayor, diez años antes, pero cuidado con sacárselo porque aquello que está debajo es todavía peor. Señores de una cierta edad, quizá comerciantes, quizá actores. Quizá, también, profesores de colegio —pero no de matemáticas—. Y en la última fila, un tipo curioso.

Curioso porque, aunque sentado en las filas traseras, es uno de aquellos que llegó primero; tres cuartos de hora antes, para ser precisos, en las que se las pasó leyendo un librito en inglés. Curioso porque, visto que hablábamos de moda, el individuo está vestido de frac y sombrero de copa, un atuendo que ya habría resultado fuera de época algunos lustros antes; pero el ropaje es de paño de óptima calidad, inglés como el librito y como el sastre que probablemente lo cortó, y el sombrero que tiene apoyado en las rodillas es brillante porque es nuevo, no por desgaste.

Mientras tanto, el profesor Mantegazza ha terminado de escribir sobre la herradura algunas palabras en secuencia y en bella caligrafía:

Infancia – Adolescencia – Juventud – MADUREZ – Vejez – Decrepitud.

El hombre del sombrero de copa sonrío, bajo el mostacho de teniente del ejército austrohúngaro, moviendo lentamente la cabeza hacia arriba y abajo.

El argumento de la clase de hoy es la Vida.

Y él, del argumento, sabe bastante.

Quizá aun más que el profesor Mantegazza.

—Llegados a este punto —dijo el profesor— hay una última cosa para recordar, la cual debe ser también la primera en nuestras conciencias.

Y, volviéndose hacia el auditorio, miró a los presentes, satisfecho.

Ninguno se había marchado.

Ninguno, durante los cuarenta y cinco minutos de la conferencia, había abandonado su lugar. Estaban todavía todos allí.

Estaban los estudiantes, pero eso era casi obvio —irse durante la lección pública de un docente tuyo, quizá después de haberse sentado en la primera fila, hubiera sido un grosero error.

Estaban las señoras y las señoritas; y y si con las señoras Mantegazza sabía que podía contar, en especial con las más maduras, la presencia de muchachitas y jóvenes esposas lo ponía siempre de buen humor y su atención lo satisfacía quizá aun más que su admiración.

Estaban sus colegas, que venían a menudo a seguir sus clases: a veces para aprender, a veces para envidiar, a veces por ambas cosas. Lo hacía él también, sea lo uno o lo otro.

Y estaba, sobre todo, uno de sus más queridos amigos, que Mantegazza había visto enseguida al inicio de la lección, aunque estaba sentado en el fondo del aula; una de esas presencias discretas que Paolo Mantegazza buscaba siempre y que lo tranquilizaban no poco, cuando debía hablar en público. Un rostro conocido, con una expresión de confianza, creíble, para seguir durante el discurso y encontrar aprobación, duda, curiosidad y así regular en consecuencia su elocución.

Estaban todos, no faltaba nadie.

—Hacer ciencia significa antes que nada prever, y en la evolución de esta línea ideal yace la falacia de nuestra ciencia —dijo el profesor Mantegazza, satisfecho pero serio, mostrando la mano sobre la parábola detrás de su espalda e indicando el extremo derecho—. Ya que no sabemos prever cuánto se doblará y curvará, en el curso de nuestra existencia. Sabemos que la vida de cada uno de nosotros llega a su término, pero no nos es dado saber ni cómo, ni cuándo.

Y finalmente estás tú, amigo lector o más probablemente amiga lectora, que respecto al profesor Paolo Mantegazza y a todos los otros oyentes de la conferencia tienes una ventaja desleal. O sea, como lo que estás leyendo es una novela de misterio, eres perfectamente consciente de que en el transcurso de pocas páginas alguna de las personas que estás por conocer morirá. Y, aunque no conozcas los términos precisos del evento, sabes muy bien que será asesinada. Solo ignoras quién está por dejarnos y quién será el responsable.

Si tienes un poco de paciencia, llegaremos a eso.